

Hablando en voz baja: presencia de Dios en la novela última

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio "El Salvador" (Zaragoza)
E-mail: jsanz@jesuitaszaragoza.es

contemplar:
novela

Recibido: 13 de julio de 2016
Aceptado: 17 de agosto de 2016

RESUMEN: Hablar de Dios en la novela contemporánea nos exige mirar ya un poquito más allá de esos libros mil veces comentados de Bernanos, Mauriac, Carmen Laforet, Kazantzakis, Hermann Hesse, Kundera, Graham Greene, Burgess o Eco. Demos por válida aquella vieja afirmación de Einstein "quizá podamos describir la situación diciendo que Dios es un matemático de primer orden y que usó unas matemáticas muy avanzadas para construir el universo". Pues bien, cambien "matemático" por "escritor" y "matemáticas" por "gramática avanzada". Pero la gramática de la creación está, digamos, en proceso de reformulación porque para un creyente adulto ya no vale la novela "paracetamol" o "gominola", la novela que no incomoda, la que no molesta. Del mismo modo que crecer duele y pensar molesta, la fe requiere profundidad y la novela es una escala colgada al borde del precipicio. Leer buena novela es proteína de calidad para nuestro músculo moral.

PALABRAS CLAVE: creación, Dios, literatura, valores, vida.

"El deseo de luz produce luz".

SIMONE WEIL

El paradigma de la novela está cambiando. Si sigue siendo cierta la máxima de Ricoeur de que en Dios solo se puede creer en un "marco de credibilidad" ("*le croyable*"), hoy que es tan difícil distinguir entre lo real, lo probable y lo posible, sabemos que en todos esos espacios y

en sus intersecciones se mueve la novela. Estamos quizá ante el terreno mejor abonado para hablar de nuestra relación con Dios. La inquietud por la voz de Dios en el presente busca las grietas de la realidad y, quizá, no esté de moda hablar de Dios pero sí lo está hablar de la vida. Y es ahí donde se esconde la semilla que hace germinar la novela. Dios es más que una espiritualidad, es obvio, pero no tanto.

Hablar de literatura espiritual hoy en día es hablar de placebos más espirituosos que espirituales. Vayamos más allá y busquemos a los narradores que nos esperan a este y al otro lado de la frontera de la increencia, porque si la tendencia del siglo xx fue la de escribir novelas que fueran un mundo en sí mismo, hoy sucede a la inversa: leemos nuestro mundo en novelas. Y nuestra relación con el hecho religioso se viste de formas diversas en la narrativa actual.

Pero antes de nada, se debe tener en cuenta que la convivencia entre creadores no es tarea fácil; porque eso es, al fin y al cabo, la coexistencia de Dios y la mente creadora del ser humano. Novela y divinidad están estrechamente emparentadas porque confluyen en universos paralelos, aparentemente discordes, como la relación entre la curva y la tangente, pero la trama de conexiones se mueve en un volumen de dimensiones tan grande que no es fácil de cartografiar dónde se esconde Dios hoy en la novela.

1. Proceso de creación

Partamos del principio de que crear un personaje es precisamente eso: crear. Quien escribe, convive durante meses, años quizá,

con unos seres que “existen” en alguna de estas dimensiones. Y es inconcebible que esto no sea así porque la ficción en tal caso perdería la densidad que la hace verosímil y que es capaz de envolver al lector en esa otredad. Y cuando el escritor o escritora cierra la puerta de la narración, sufre un verdadero duelo: la muerte de las criaturas arranca parte del propio ser, es un dolor tan vivo como el del Dios sufriente que contempla la muerte de su Hijo. Ese sufrimiento es, en alguna de estas dimensiones, secante con la idea de Dios. Lo que nos diferencia de Dios es que los personajes ignoran su rol y tampoco son libres de creer o no en el mismo dios que nosotros. Solo Augusto, el protagonista de *Niebla*, es consciente de esta predeterminación y se rebela contra ella anunciando a Unamuno su intención de suicidarse.

La relación entre quien escribe y Dios no es fácil, y quizá por eso sea tan fascinante, tan hermosa. La imaginación, esa actividad mental de primer orden que borbotea sin cesar en nuestra mente, esa capacidad para componer infinitas posibilidades a partir de un elemento real y de concebirlas más reales de la materia que las compone, necesita de un lenguaje que la ordene y la dispare hacia los confines de nuestra mente. Cuando a la ima-

ginación y al lenguaje unimos el tercer elemento, el deseo, la combinación es explosiva.

Durante siglos, el creador seguía el orden natural de las cosas: la narración brotaba de una sola voz, se desplegaba a lo largo de un tiempo más o menos lineal y resolvía con un juicio los acontecimientos. Hoy sigue latiendo ese orden en la novela negra o policial y la novela histórica, que se resisten a las fracturas porque aún no saben cómo digerirlas. Pero la crisis de fin de siglo abrió las puertas a la búsqueda de la espiritualidad como encuentro con uno mismo al filo de la trascendencia, de la justicia y de la utopía como territorios narrativos. Dicho de otro modo, no son novelas propiamente religiosas, pero sí nos llevan a las fronteras de Dios, a las palabras con que entendemos a Dios: reino, comunión, salvación, justicia, amor, reconciliación, duelo, consolación, dignidad, civilización, barbarie. Y no se engañen, el novelista actual sigue considerando a Dios como un intruso pero no le expulsa de su territorio siempre y cuando se comporte y no pretenda ser sino palabras, nada más (y nada menos).

Por eso, la risa y la fe están cada día más cerca. Si la gente entiende que salud y fe están estrechamente emparentadas (no es broma, hay estadísticas que lo avalan),

sin duda, algo tendrá que ver la risa con todo esto. Y aquí va la primera recomendación: lea a Milan Kundera; a mí me gusta de manera especial *El libro de la risa y el olvido*, esa visión del mundo como delirante sanatorio psiquiátrico donde solo cabe el humor como herramienta contra cualquier tipo de sistema. Su última obra, *La fiesta de la insignificancia* (2014) es un delicioso alegato en favor de la ni-miedad, entendida como el placer de no ser nadie en un mundo que malinterpreta el *magis* como si fuera el Grand National. Kundera acostumbra a presentar sus novelas como un puzzle que el lector debe montar. La creación hecha añicos, el espejo hecho pedazos, la vida por hacer. El humor es una de las formas más deliciosas de poner a Dios a tiro. Siempre he pensado que una religión que no promueve el humor, como la gente que se toma a sí misma demasiado en serio, no merece la pena. No imagino a Dios sin sentido del humor. Kundera teje sus novelas como Dios creador: si quiere usted algo de aquí, póngase manos a la obra, con una sonrisa, eso sí. El desasosiego es pariente cercano del humor. Cuando el padre de Felice Bauer le contó sorprendido el argumento de *La Metamorfosis*, Franz, con cara de asombro, le respondió como si acabara de enterarse de la suerte de Gregor

Samsa: “Pero eso ha debido ser terrible, ¿No?”

En este sendero camina el escritor Pablo D’Ors, sacerdote y asesor cultural del Papa Francisco, cuya obra constituye hoy un referente por su extraordinaria calidad y por la forma de abordar la escritura. Hay que leer *El estreno* (2016), un compendio de siete relatos donde el humor y la humillación ningunean a unos personajes a los que salva la ternura. Kafka, Kundera, Pessoa en estado puro. La calidad de la prosa de D’Ors es incomparable y su manejo de los resortes de la narración le colocan como uno de los mejores escritores españoles del momento. Desde *Andanzas del impresor Zollinger* (2003), no ha dejado de sorprendernos. Sabíamos que la novela y el dogma no tienen buena relación, pero las últimas polémicas que arrancan de sus opiniones sobre la liturgia no hacen sino invitarnos a su prosa.

2. La palabra “Dios” y los valores

Decía Philip Roth que si desapareciera la palabra Dios, el mundo sería un sitio mucho más habitable. En todo caso, ese problema habría que achacárselo a algunos de sus exegetas, pero como son de

la misma especie que la nuestra, no podemos refutarle sin cierto sonrojo. Vamos a echar un vistazo a la literatura española última y veremos quién está al otro lado del andén, trabajando con las mismas palabras, viviendo los mismos valores que los creyentes, se tenga mayor o menor intención de trascendencia.

Por ejemplo, cuando hablamos de dignidad, no estaría de más leer a novelistas como Marta Sanz y Daniela Astor y *la caja negra* (2013), *Farándula* (2015), *Lección de Anatomía* (2008). La prosa de Sanz es tan musculosa y tensa que no escamotea nada de lo que nos inquieta o acongoja. Lo humano es el tono dominante en sus novelas. Isaac Rosa (*El país del miedo*, 2008; *La habitación oscura*, 2013) desenreda ese oscuro tejido del que está hecho el miedo lo suficiente como para no acomodarnos y lo justo como para no envilecernos. Ricardo Menéndez Salmón abre sus novelas a la reflexión sobre la paternidad, el mundo como herencia, la fascinación del mal, la degradación moral colectiva, la amnesia sentimental o la incapacidad para escapar de la banalidad. Los personajes de Salmón arrastran consigo la tragedia y se rebelan contra la barbarie informe en que la civilización amenaza con consumirse. Todas sus novelas son pequeñas joyas: desde

la trilogía compuesta por *La ofensa* (2007), *Derrumbe* (2008) y *El corrector* (2009) hasta *Niños en el tiempo* (2014) o *El sistema* (2016), pasando por *Medusa* (2012), probablemente una de las mejores novelas españolas del este siglo.

Para hablar de la reconciliación y el dolor que anida larvado en ese hilo delicado que liga el olvido al recuerdo, quizá convenga acercarse a *Martutene* (2013), de Ramón Sainzarbitoria, una extraordinaria novela acerca de dos generaciones de vascos que han vivido de distinta manera el conflicto. Cómo perdonar si hay olvido, cómo olvidar si hay perdón, son preguntas que rozan la trascendencia. En esa misma orilla reposa la novela de Hector Abad Faciolince, *El olvido que seremos* (2007), donde rastrea las huellas que deja un padre cristiano en lo religioso, marxista en lo político, liberal en lo económico, asesinado en Medellín en 1987 por defender la justicia. Volver a la casa del padre es de nuevo otra idea recurrente, por ejemplo, en la novela *Tiempo de vida* (2011) cuyo trasunto es el regreso del autor a la vivencia de su padre, el escultor Juan Giralt, cuya relación rescató en el último año de vida. O narrar el duelo y su crudeza, con la excelente *La hora violeta*, de Sergio del Molino. Pero lo más fronterizo es quizá narrar nuestro propio sentimiento de orfandad y

los traumas psicosociales que se derivan de él. La decepción frente a una mente ordenadora se pueden leer en las novelas postapocalípticas de Jorge Carrión *Los muertos* (2010), *Los huérfanos* (2014), *Los turistas* (2015). Especialmente en la segunda, el huérfano carece de referente, ha sido arrojado al mundo y es quien ocupa la casilla de salida. El siglo en que la orfandad del ser humano respecto a Dios se ha hecho herida, es el siglo que comienza con el Holocausto y continúa con los atentados de las Torres Gemelas, el metro de Londres o el 11M de Madrid. La extinción de la experiencia como método de conocimiento y la entronización de la virtualidad como entorno de aprendizaje no hacen sino hurgar en esta herida. El ser humano que nace de esta grieta, percibe la narración a modo de prótesis emocional. Carrión atribuye en cierto modo a la narración las mismas cualidades que la oración tenía hasta el siglo xx. El espacio terapéutico que ayer cubría la oración hoy lo cubre la narración.

3. El Mesías

¿Y el Mesías? Hoy es el hombre rebelde. La búsqueda del reino como generador de sentido de vida brota en la novela siempre que el hecho de vivir corre junto a los precipi-

cios del absurdo. Hay momentos de la historia en que sabemos demasiado como para tomarnos en serio y este es uno de ellos. Esos terrenos abonados al humor mordaz que tan bien emparenta con el desencanto, son los que transitó Kafka en *El Castillo*, son los que Camus dibujó en *El hombre rebelde*, el mito de Sísifo que vuelve a abrirse paso años después en algunas de las novelas de Berta Vias Mahou, quizá con más fuerza en la excelente *Venían a buscarlo a él* (2010) donde recrea la vida de Jacques Cormery, *alter ego* de Albert Camus. El odio crecido y fermentado del nacionalismo, la excomunión a la que fuera sometido por el PCF y el sentimiento del perseguido nos recuerdan no poco a la figura del Jesús histórico y al mismo Sísifo. Hay una línea de sombra que une a todos los desplazados de la historia, a todos los represaliados. Hay momentos en que ese trazo solo encuentra eco en la novela.

4. Pentecostés vs. Tecnología

¿Y la tecnología? ¿Será quizá un sustitutivo del pentecostés? Quizá lo más interesante de lo publicado en torno a este asunto en los últimos años sea *El círculo*, de David Eggers, una *distopía* en la que la amenaza del *Big Data*, la religación que ofrecen las redes sociales y li-

bro de la sabiduría en que parece haberse convertido *Google* se abren ante nosotros con la ilusoria claridad con que se abrió el Mar Rojo ante las tropas egipcias. Sin embargo, con esta manía *vintage* (que algo esconde, sin duda) llama la atención la vuelta a las viejas novelas de ciencia ficción que hoy vuelven a ser referencia, como *Neuromante* (1984), de William Gibson, que sigue la misma estela que el clásico *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* (1968) de Philip K. Dick, quien no llegó a ver la versión fílmica *Blade Runner* de Ridley Scott. Hoy, los lectores regresan a estas narraciones tan lúcidas como preapocalípticas porque estaban escritas cuando todo parecía ir sobre ruedas pero el cordón umbilical con nuestros orígenes era cada vez más frágil. En ambas, la necesidad de contactar con el creador de las entidades cibernéticas, con su esencia, con una espiritualidad que dé alguna respuesta a las grandes preguntas de la vida, convierte a los personajes en seres que vagan por un universo desleído, denso, sobresaturado de información y carente de mapas para orientarse. Toda ausencia revela una presencia.

5. El silencio de Dios

En esta misma línea, hay un puñado de escritores canónicos que

ahondan en el silencio de Dios durante el cambio de siglo con un puñado de extraordinarias novelas. Empecemos con Don DeLillo, quien ya en *Fascinación* (1978) se atrevía a dibujar las líneas esenciales del capitalismo como religión: sexo, violencia, consumo compulsivo, fascinación por el mal y propaganda son los cinco mandamientos sobre los que se asienta el mundo que se abre al fin de la historia. Después llegaría la que es a mi juicio la más lúcida de las novelas de DeLillo aunque no la más conocida, *Mao II* (1991), antesala de su gran obra *Submundo* (1997). La primera comienza con una boda multitudinaria de la secta Moon en un estadio de beisbol y va desplegando todas y cada una de las fracturas contemporáneas por las que no cabe voz alguna. “Cuando en el mundo reina suficiente desorden, nada parece fuera de lugar” dice DeLillo. De *Submundo*, simplemente les invito a fijarse con mucha atención en la portada de la edición americana. Sobrecójanse: es 1997. De la literatura de Don DeLillo se dice que es *presciente*, que es lo mismo que llamarla profética pero con otras palabras. Acaba de publicar *Cero K* (2016), una inquietante fábula que plantea una oscura metáfora: el universo es el corazón de una manzana oxidándose sobre un plato. Don DeLillo es un escritor perturbador: sígan-

lo. En una famosa entrevista concedida en 1993 a *The Paris Review* afirmaba que habíamos pasado de un tiempo en que los novelistas convertían sus libros en mundos (*Ulysses* de Joyce) a otro en que toca hacer lo contrario, convertir el mundo en libros que reflejen las contradicciones y la profundidad de un momento crucial para la vida humana. En esta misma órbita conviene leer a Cormac McCarthy, a Coetzee, a Martin Amis, a John Banville, a Philip Roth, a Julian Barnes o a Thomas Pinchon. Si queremos llegar a las fronteras de las grandes fracturas que se abren en el nuevo milenio, nada mejor que las cartografías que uno puede hallar en sus narraciones.

* * * *

No quisiera acabar este texto sin mencionar a José Jiménez Lozano, quizá el crisol de todas estas acontecimientos. En su madurez (nacido en 1930) ha visto pasar corrientes, modas, fracturas, fronteras, guerras, cambios. Para entender su devenir, nada mejor que *Los cuadernos de letra pequeña* o *Los cuadernos de Rembrandt*, diarios donde podemos rastrear cómo fermenta una obra inmersa en la tensión de su tiempo. Su obra es vastísima, pero quizá de su última narrativa convenga leer el libro de relatos *EL azul sobrante* (2009) y la novela *Un*

pintor de Alejandria (2010). La narrativa de Jiménez Lozano es realista pero confronta de manera constante lo narrado con “la parte de atrás” del ser, de modo que la realidad cruje ante el misterio y deja escapar todos los aromas que de la trascendencia guarda. En la con-

templación de los acontecimientos más sencillos de la vida se esconde un *humus* de divinidad que solo las palabras hacen emerger. Quizá sea el escritor que mejor se mueva en ese fino hilo fronterizo de la creencia inmersa en la tensión de la vida.■